

BUENA

D I E G O

Yo estoy comprendido dentro de estos casos. Mi destino marca la desgracia. Desde niño me ha perseguido con saña a través de la vida, y aunque por sólo un instante llegué a pensar que se había deshecho, la realidad no tardó en convencerme de lo contrario.

Jamás me había sentido tan feliz como en aquellos días de dulce sosiego, de plácido vivir, en compañía de la camarada buena. (Con este nombre la conocí y con él seguiré llamándola siempre, aunque ella, ¡Dios la tenga en su glorial, ya no pueda escucharlo).

Mi convalecencia se terminaba y a toda prisa ultimábamos detalles para la boda, que pensábamos celebrar muy en breve, cuando una tarde, tarde maldita que el destino me enviaba, en medio de una horrorosa tormenta llegaron varias ambulancias con órdenes precisas de recoger un cierto número de enfermeras y llevarlas con toda urgencia al frente, donde a la sazón se libraba un encarnizado combate, sin que, por falta de manos, pudieran ser atendidos los heridos. La primera en salir a la lucha, al peligro, fué la camarada buena. En medio de la lluvia la vimos ascender a una ambulancia y agitar el brazo en señal de despedida:

—¡Hasta luego!

¡Hasta nunca! Al pie de la carretera estuve hasta que se perdieron de vista. Iba enardecida, contenta, y, ¿por qué no decirlo?, tan bonita como jamás la viera. Su espíritu de sacrificio no albergaba ningún temor. Sólo pensaba en que sus manos podrían ser útiles. Y hasta me atrevo a asegurar que las mismas balas la hubieran respetado. Pero el destino... Ese no respeta nada.

Pasamos la tarde en medio de una gran tristeza. A la mañana siguiente nos llegaron noticias de haber cesado el combate. Poco después regresaron todas las enfermeras. Todas menos una, porque la camarada buena, la camarada bonita, no regresó.

Unos a otros nos mirábamos inquisidores, sin atrevernos a preguntar. Las hermanas se volvieron de bronce; el rumor de tocas se hizo más suave y los pasos más alados. El andaluz ya no volvió a cantar su copla...

—¡Hermana! ¿Dónde está la camarada buena? ¿Por qué no ha vuelto?

Una y mil veces hice esta pregunta y luego palidecía con miedo de saber la verdad. Dudaban las hermanas, y con la vista fija en el cielo, como pidiendo indulgencia a su piadosa falta, mentían un «no sé».

Pero todos presentíamos la verdad. Y así, cuando por la tarde nos vino a ver la Superiora, antes de que hablara, ya sabíamos lo que nos iba a decir. No obstante, aguardamos en silencio aferrados a la última esperanza, esperanza que también terminó pronto. Lentamente habló la Superiora, con el rostro grave:

—La camarada buena, que ayer partió para el frente en acto de servicio, ha muerto cumpliendo con su santo deber. Dios así lo ha querido. Cúmplase su voluntad.

Como impelidos por el rayo, todos cayeron al suelo de rodillas. Yo no tuve fuerzas ni para eso...

En pocas horas, el destino, siempre cruel, había demolido el castillo de mi vida; me había robado para siempre el tesoro de mi existencia, la joya de mi corazón... Sólo tuve fuerzas para gritar con angustia y caer al suelo sin sentido...

VI

Ahora, pasados muchos meses de aquellos sucesos, pero cuando conservo reciente su recuerdo, como siempre le conservaré, quisiera que estas pobres palabras fuesen diamantes y formar con ellas un broche para cerrar el triste relato de su vida. Pero, ¿habrá joya que valga más que su propio nombre? El nos lo dice todo: ¡Camarada buena!

*Al pie de la
carretera estuve
hasta que se
perdieron de
vista.*

